

REINA DE CORAZONES

LIANA ROMERO Y WAYNE JAMISON

REINA
DE CORAZONES
LARISSA SWIRSKI



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la sobrecubierta: 

Primera edición: junio de 2025

© Liana Romero y Wayne Jamison, 2025

© de la presente edición: Edhasa, 2025

Diputació, 262, 2^o 1^a

08007 Barcelona

Tel. 93 494 97 20

España

E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-6477-4

Impreso en Liberdúplex

Depósito legal: B 10122-2025

Impreso en España

«La historia avanza muy deprisa y los héroes y villanos intercambian sus papeles constantemente»,

IAN FLEMING

«—¿Cómo han sabido que veníamos?

—Sabén hasta lo que desayunamos.

—Entonces sólo hay una forma de vencerlos.

—¿Cómo?

—Averiguando lo que desayunan ellos»,

MICHAEL COLLINS

1

YALTA

El ambiente estaba cargado de sal y humo. Un viento gélido arrastraba el eco distante de sirenas. Joseph Lipschütz y su mujer Catalina Schulberg se aferraban a las manos de sus nietas, Larissa y Alla Swirski, que con siete y cinco años ya cargaban con el peso de la orfandad. Él, un hombre robusto y siempre seguro de sí mismo, disimulaba el temblor bajo su abrigo. Catalina sabía que no era por el frío, sino por miedo, el mismo que sentía ella, por eso se agarró a su brazo con fuerza, para intentar mitigarlo y que las pequeñas no se dieran cuenta. Aunque su porte aún conservaba la elegancia de otra época, sus manos delataban la verdad: se crispaban sobre la tela de su abrigo como si pudiera sujetar con ellas todo lo que acababan de perder.

–Ya no queda nada para nosotros aquí –susurró Joseph.

Su esposa asintió con una leve sonrisa mientras acariciaba la cabeza de Alla con la mano que le quedaba libre. Las hermanas se sujetaban en silencio a la barandilla del barco mientras éste se alejaba despacio de la costa. Sus rostros evidenciaban que, aunque desconocían cómo y por qué, eran conscientes de que sus vidas ya no iban a ser las mismas a partir de aquel día.

–Vamos –dijo Joseph–. Ya es suficiente.

Las palabras flotaron en el aire, pesadas. Tomó la mano de su nieta mayor y Catalina hizo lo propio con Alla.

Larissa apretó el puño de su mano derecha con fuerza. La rabia bullía en su pecho y se juró a sí misma regresar algún día a la tierra que dejaban atrás. Pero lo hizo en silencio; a sus siete años ya había aprendido a contener sus emociones.

El motor del carguero en el que iban gruñía con esfuerzo, mientras rompía las aguas oscuras del mar Negro. Se sentaron sobre unas cajas a la espera de que les diesen instrucciones. Las niñas se acomodaron en los regazos de sus abuelos, que las abrazaron con fuerza por la espalda para protegerlas del frío.

–Estamos juntos –murmuró Catalina con voz temblorosa–. Eso es lo único que importa.

Pero no era así. La tristeza por lo perdido y el miedo a lo que les esperaba pesaban mucho.

El barco se adentró en la oscuridad, alejándose de la península de Crimea y de todo lo que les habían forzado a abandonar en Odesa. Larissa se giró por última vez, intentando fijar en su memoria la silueta de Yalta antes de que la bruma la devorara por completo. Las luces del puerto titilaban a lo lejos, parpadeando entre la niebla. En la distancia, las cúpulas de las iglesias apenas resistían como sombras recortadas.

Joseph también miró hacia la costa con la mandíbula apretada. Catalina, en cambio, no se volvió. Se limitó a ajustar la manta sobre las niñas y a posar una mano temblorosa en el brazo de su esposo.

–No hay nada para nosotros allí –dijo.

Sus palabras sonaron firmes pero teñidas de tristeza. Joseph no respondió. Se quedó unos segundos más observando la ciudad antes de volverse y estrechar con más fuerza la mano de Larissa.

Atrás quedaba el eco de las balas y los gritos, las promesas rotas de una vida que jamás podrían recuperar. Por

delante, el vacío incierto de un futuro sin forma que sólo podía construirse sobre las ruinas de su pasado. Y lo que más dolía a Joseph y Catalina era la certeza de que, pese a huir, Rusia nunca los dejaría ir del todo.

Joseph Lipschütz había acumulado bastante dinero en bancos de Berlín gracias a sus negocios en Alemania. La vida que construyó en Odesa había empezado a venirse abajo con las primeras quemadas de campos y robos de trigo, cuando los bolcheviques avanzaban sin apenas freno, así que no le quedó otra que tomar una decisión drástica. Era una cuestión de supervivencia.

* * *

Dimitri, que, además de cochero, era la persona de mayor confianza a su servicio, escuchó un día la conversación que mantuvo en el mercado la cocinera a la que acompañó con una mujer mientras esperaban su turno en un puesto de verduras.

–Por vuestras chimeneas siempre sale humo –le reprochó esta última. Media docena de señoras que también guardaban cola asintieron–. Podéis comprar alimentos y tenéis leña y dinero, ¿verdad?

–Bueno... Sí, pero... –balbució la cocinera.

–¿Te imaginas a mis hijos durmiendo en colchones de plumas de ganso? –preguntó a continuación la mujer.

–Antes tendrás que lavar a tus hijos, ¿no? –soltó otra de las presentes, provocando las carcajadas del resto.

–¡Pero si no puedo ni calentar agua!

Un joven que acababa de sumarse a la cola interrumpió entonces la conversación.

–¿Te gustaría vivir en una mansión con agua caliente, mucha agua caliente? –le preguntó–. No te preocupes –continuó sin esperar la respuesta–, porque en eso estamos. Pron-

to, muy pronto, pisaremos las alfombras en Ibenshura –sentenció, marchándose a continuación para sorpresa de los presentes.

Un escalofrío recorrió la espalda de Dimitri, que observaba la escena en silencio a unos cinco metros, junto a unas cajas de pescado. ¿Por qué había querido que escuchasen lo que estaba claro que era una advertencia? La respuesta era evidente: sabía quiénes eran y para quiénes trabajaban.

Contó lo sucedido a los señores cuando regresó al palacete. La decisión estaba clara. Joseph ordenó prepararlo todo rápido para huir. La cuestión era el destino y por dónde hacerlo. Los acontecimientos en el país no lo ponían fácil.

Catalina se apresuró a reunir todas sus joyas para llevárselas con ella, pero Joseph la advirtió del peligro que eso suponía. Podrían matarlos para robárselas. O perderlas. El viaje se antojaba complicado. Desconocían cómo iba a ser la huida y los obstáculos y peligros que se iban a encontrar, incluso cuál iba a ser su destino. No sin esfuerzo, terminaron acordando que lo mejor era esconder el cofre en el jardín, en un lugar que sólo conocían ellos, tras la casa de los botes, para recuperarlo en el futuro. Estaban seguros de que las aguas se calmarían pronto en el país y no tardarían en regresar a su hogar. Sólo se llevarían las que Catalina pudiese esconder en su cuerpo.

Horas después les llegó un mensaje. Yalta era la única opción de partir que les quedaba. Y ésta pasaba además por recorrer los casi cuatrocientos kilómetros que la separaban de Odesa y llegar allí al día siguiente, así que se apresuraron a disponerlo todo para la partida. No había tiempo que perder.

Dimitri, que había creído percibir unos movimientos sospechosos a las afueras de la mansión, tomó la precaución de cambiar la carroza de los señores por un trineo grande. Cargaron lo imprescindible y esperaron a que cayese la no-

che para partir a Yalta. La doncella encargada del cuidado de las niñas, la cocinera y el cochero los acompañaron hasta Mykolaiv.

Catalina se forró de joyas, aunque le dolía haber enterrado los huevos Fabergé. Sí, su marido tenía razón, eran difíciles de esconder, pero se habían convertido en sus posesiones más preciadas. Se pegó a la piel, alrededor de la cintura, una media de lana en la que ocultó una pulsera de triple línea de diamantes, esmeraldas y rubíes, un collar de zafiro, anillos, broches... Una sortija con un enorme brillante constituía el elemento de mayor valor de aquella colección.

Dejaron muchas otras posesiones valiosas que no pudieron llevar consigo, como piezas de arte, libros o tapices, con la esperanza de que siguiesen allí cuando la situación les permitiese regresar. También esperaban que la mansión siguiese en pie. Pero Joseph no las tenía todas consigo. Es más, algo en su interior le decía que jamás recuperarían nada de todo aquello. Para entonces ya había comprobado cómo se las gastaban muchos de los revolucionarios.

* * *

El viento que llegaba del mar se colaba por cada rendija de sus ropas, atravesando lana y algodón como si fueran finas telas de araña. Larissa apretaba los dientes y se abrazaba a sí misma, temblando de pies a cabeza. A su lado, su hermana sollozaba en silencio, con la nariz roja y los labios amaratados. Su abuela intentaba envolverlas con su abrigo de paño grueso, pero era como tapparlas con papel mojado: la humedad lo impregnaba todo, pegándose a la piel como una segunda capa de escarcha.

El muelle de Yalta había desaparecido en la bruma, y el barco se balanceaba ya con más suavidad mientras espe-

raban en cubierta a que les asignaran un rincón donde dormir. La promesa de una cama parecía lejana, un simple rumor entre los pasajeros que, igual que ellos, se acurrucaban a la intemperie envueltos en mantas que ya no retenían el calor. La abuela de Larissa les frotaba las manos sin cesar, pero el frío se resistía a abandonarlas.

–No llores, Alla –susurró Larissa, atrayéndola contra su pecho.

La pequeña de las hermanas asintió con la cabeza, pero su cuerpecito seguía tiritando. El abuelo, con su abrigo largo y la gorra echada hasta las cejas, se mantenía en pie con el ceño fruncido. Era abril, pero bien podría haber sido enero. El mar Negro no perdonaba, y la humedad se pegaba a los huesos con una crueldad que ni la nieve de los inviernos rusos podía igualar.

–Aguantad un poco más –dijo en voz baja, posando una mano sobre el hombro de su esposa–. Pronto nos dirán algo.

Pero su voz no proyectaba la convicción habitual.

Las niñas cerraron los ojos y se acurrucaron contra su abuela, buscando calor donde apenas quedaba. Entre el murmullo de las olas y el crujir de la madera, Larissa pensó en su hogar, en los samovares humeantes y en las pieles cálidas que su madre ponía en sus camas en invierno. Allí, en aquel momento, su único refugio eran los brazos de su abuela y la promesa incierta de la travesía que acababan de emprender.

2

BERLÍN

Alemania se lamía las heridas de la Primera Guerra Mundial, así que, en principio, no parecía el país más idóneo para refugiarse, pero los ahorros que Joseph Lipschütz, fiel a su carácter precavido, había acumulado en un banco de Berlín justificaban que aquella fuera la ciudad elegida para empezar una nueva vida tras un periplo que los había llevado de Yalta a Malta, primero, y a Londres, después. Así que la familia buscó acomodo allí.

Añoraron muchas de las comodidades y hasta la opulencia con la que habían vivido en Odesa, las doncellas y lacayos, los bailes de sociedad, la ópera, la comida. También les chocó la rigidez del carácter germánico, su escaso sentido del humor y la poca flexibilidad que mostraban en las relaciones personales. No les quedó otra que amoldarse a una vida, unas costumbres y un carácter muy diferentes a los que estaban acostumbrados. Aquello era, en cualquier caso, mejor que lo que hubiesen tenido que soportar en su tierra.

Joseph fue la excepción. Él sí disfrutó del regreso a su patria. Ni siquiera le importaron las dolencias causadas por un asma que empeoró con los avatares de la huida. Unas molestias que sobrellevó poniéndose en manos de buenos médicos, una serie de escapadas a balnearios con fuentes termales y los cuidados de Catalina.

Las niñas también se adaptaron rápido a su nueva vida. Y a los estudios. Ayudaron los conocimientos que tenían de

varios idiomas, ya que éstos, como el arte, eran materia obligada en la alta sociedad rusa. Larissa hablaba ruso, francés y alemán, tocaba el piano como su madre y se le daba bien pintar. Alla, sin embargo, le iba a la zaga en lo de los idiomas. Prefería el teatro. Saberse a la sombra de su hermana mayor no impidió, no obstante, que la relación entre ellas se estrechase a medida que fueron creciendo, hasta convertirse cada una en la mejor confidente de la otra cuando eran unas inquietas adolescentes.

Larissa era la que más añoraba Rusia. Los recuerdos de su vida allí eran cada vez más difusos, pero lo suficientemente intensos como para saber que había sido muy feliz. Su memoria la trasladaba siempre a momentos vividos con sus padres. Aunque su nostalgia no era sólo por éstos; era por un país que sentía suyo, aunque apenas lo recordara. Era por una historia interrumpida, por un hogar que le habían arrebatado antes de que pudiera entender su significado. Berlín era una ciudad de exiliados y derrotados, pero ella nunca se sintió parte de ellos. Se preguntaba si en algún rincón de Rusia quedaba algo que le perteneciera, si las calles de Odesa todavía recordaban su apellido, si los muros de su casa seguían en pie o si alguien más dormía en su habitación. El dolor de la pérdida se había transformado en algo más profundo: una necesidad de recuperar lo que le habían quitado, de corregir un destino que no había elegido.

La menor ya tenía claro para entonces cómo quería que fuese su futuro, y se encargaba de dejárselo claro a su abuela Catalina cada vez que ésta la apremiaba a que estudiase una carrera.

—Mi carrera será casarme con un hombre rico —contestaba—, no un trabajo remunerado, así que para qué necesito estudiar.

Larissa no pensaba lo mismo. Empezó, de hecho, los estudios de Medicina. Quería curar a su abuelo, decía. Aun-

que no tardó en abandonarlos, justo el tiempo que necesitó para comprobar que le costaba mantenerse en pie cuando veía un cuerpo abierto.

Decidió entonces dedicarse a la fotografía. El problema era que un buen equipo era muy costoso. Los ahorros de su abuelo habían menguado de forma considerable y la situación obligaba a evitar gastos innecesarios, pero, cuando estaba a punto de arrojar la toalla y empezaba a plantearse si no era mejor pensar como su hermana, ocurrió un milagro.

Estaban en una exposición en una de las mejores galerías de Berlín cuando Larissa se percató de que un hombre las observaba. No era una mirada casual, sino fija, insistente, como si estuviera evaluándolas. Fingió ignorarlo mientras pasaba de cuadro en cuadro con su hermana, pero lo veía reflejado en los cristales de los marcos y lo sentía cada vez que se movían por la sala.

–Nos está siguiendo –susurró a Alla sin girarse.

–Lo sé –respondió su hermana, con una sonrisa que contrastaba con la incomodidad de ésta–. Es guapo.

–¡Alla, por favor!

Decidieron hacerle frente. Larissa lo observó con frialdad mientras se acercaban, esperando que se inmutara, pero el hombre mantuvo su postura relajada. No parecía nervioso.

–Imagino que se han percatado de que las miraba –dijo con una sonrisa confiada.

Larissa entrecerró los ojos.

–¿Deberíamos preocuparnos?

El hombre soltó una breve carcajada y sacó una tarjeta del bolsillo interior de su chaqueta.

–No tienen motivos para temerme, señoritas. Me llamo Gustav Adler. Trabajo en la UFA, los estudios de cine. Busco actrices para una nueva producción y ustedes me han parecido las candidatas perfectas.

Larissa tomó la tarjeta sin bajar la guardia.

–¿Por qué nosotras?

–Las he oído hablar ruso, y la película trata sobre un príncipe cosaco. Además, tienen presencia, elegancia... y quién sabe si talento, si es que saben actuar.

Alla, que hasta entonces había permanecido callada, no pudo contener el entusiasmo.

–¡Nos está ofreciendo un papel en una película!

–Eso he dicho, ¿no? –respondió Adler. Luego miró a Larissa, que no se había movido–. Veo que usted no está tan convencida.

–No conozco a ningún director que reclute actrices espíandolas en una galería –respondió ella.

Adler esbozó una sonrisa ladeada y guardó las manos en los bolsillos.

–Es cierto. Normalmente, no lo hacemos, pero, cuando veo algo especial, no espero a que llegue a mí.

–¿Y por qué debería creerle y pensar que su oferta es real?

–Pueden venir a los estudios y verlo con sus propios ojos. Conocerán al director, al equipo, a los protagonistas. No tienen nada que perder... y quizá mucho que ganar.

Larissa miró a Alla, que la observaba con un silencio suplicante. Suspiró.

–Hablaré con mi abuelo antes de tomar una decisión.

Adler inclinó la cabeza en un gesto de respeto.

–Eso me parece prudente. Pero no tarden demasiado. En este mundo, las oportunidades no esperan.

Larissa guardó la tarjeta en su bolso.

Aquel individuo resultó ser un conocido director alemán. Joseph pidió referencias y supo que además gozaba de una buena reputación, así que Catalina y él permitieron a las chicas probar suerte.

Después de *El príncipe cosaco* vinieron otras películas, cada vez con mayor presencia. Se colaban en los platós y observaban con atención las actuaciones de las grandes actrices para después imitarlas mirándose en los espejos de sus habitaciones.

Larissa llegó a compartir rodaje con Marlene Dietrich, quien elogió su expresividad y la animó a seguir trabajando en el cine. Larissa ya había empezado para entonces a conocer también la cara menos amable de la profesión, los peligros que conllevaba grabar algunas escenas. Lo comprobó en una en la que debía caminar por una cornisa escapando de otro personaje para, en un punto concreto, saltar y emprender la huida a lomos de un caballo que esperaba abajo. En uno de los ensayos, saltó y el animal salió trotando instantes antes de que cayese sobre él. Larissa se golpeó contra la calzada. La consecuencia, fuertes contusiones que la obligaron a guardar reposo varios días y las primeras dudas sobre su continuidad en la profesión.

Peor parada salió otro día en el que apareció en escena luciendo un vestido rococó bordado con hilos metálicos de plata, con una pamelita con flores de seda y protegiéndose del sol con una sombrilla de encaje. Paseaba alrededor de un estanque con cisnes mientras esperaba la llegada de su amante. Éste llegó, la llamó y Larissa se giró para ir a su encuentro, con tan mala fortuna que los hilos del traje rozaron el cable de uno de los focos y prendió. Quedó en un susto, gracias sobre todo a la rápida intervención del galán, que la arrojó al estanque, pero la joven mantuvo importantes secuelas durante bastante tiempo, sobre todo en la vista. Tuvo que recurrir a los servicios de un oftalmólogo porque sus ojos acusaban el efecto de la luz sobre la retina. El facultativo le aconsejó que abandonase la profesión porque corría el peligro de perder la visión.

Fue suficiente para que decidiera dejar el cine. Su hermana, sin embargo, continuó, casi siempre interpretando papeles de frágiles mujeres atormentadas víctimas del desamor.

Mientras, Joseph continuaba con su progresivo deterioro. Cada mañana su espalda se encorvaba un poco más; su bigote, antes espeso y oscuro, se volvía ceniza. Aunque se negaba a doblarse, ya no caminaba con la misma seguridad y sus manos temblaban cuando intentaba sostener su taza de té. Larissa lo veía en silencio, intentando convencerse de que su abuelo volvería a ser el hombre fuerte que siempre había conocido. Pero la muerte se lo estaba llevando en cuotas pequeñas, y ella en el fondo era consciente de ello.

Hasta que un día los médicos anunciaron a Catalina que le quedaba poco tiempo de vida. «Con suerte, un par de días, quizá tres», dijeron. El matrimonio decidió no decirles nada a sus nietas. No querían que viviesen una despedida triste. Eso sí, Joseph pidió a su mujer que le prometiese algo: abandonar Alemania en cuanto él muriese. Sabía que sin él iban a tenerlo bastante más complicado en aquel país.

–Pero ¿adónde vamos a ir? –le preguntó ella.

–A Francia. Allí está Clara.

Su otra hija se había casado con un argentino, con quien había tenido un hijo, Adrian, y los tres se habían adaptado bien a la vida de allí.

Joseph falleció a los pocos días y Catalina cumplió su palabra. París fue su destino.

Larissa invirtió antes de partir buena parte del dinero que había ganado con las películas en comprar un buen equipo de cámaras alemanas con el propósito de abrir un estudio fotográfico en la capital francesa. Alla, por su parte, decidió continuar en el cine trabajando en películas de la UFA y se desplazaría para ello a Alemania siempre que fuera necesario.

3

PARÍS

El París al que llegaron era burbujeante y caleidoscópico. Allí se trabajaba para vivir; lo aprendieron rápido. Aquella ciudad se convirtió en patio de recreo para la nobleza europea, centro de arte y moda, refugio seguro para rusos blancos. El charlestón estaba de moda, la mujer fumaba y vestía pantalón, y Coco Chanel reinaba en el mundo de la costura con un lema que la acompañaría siempre: «Una mujer tiene que vestir sin estridencias para resaltar su elegancia y elegante para lucir su distinción».

Aquel París cautivó a las jóvenes Swirski. Se instalaron con Catalina en el número 18 de la rue Vignon, junto a la plaza y la iglesia de la Madeleine, un majestuoso edificio neoclásico con una fachada de 52 columnas corintias de 20 metros de altura que rodeaban su perímetro. Larissa encontró además un estudio que buscaba socio calle arriba, en el número 36. Centró sus esfuerzos desde que llegó a la capital francesa en cumplir su sueño de dedicarse a la fotografía y no paró hasta conseguirlo.

El propietario, Rolf Von Delius, alemán de porte impecable, estaba considerado experto en un oficio que empezaba a consolidarse como expresión artística en aquel París de los años veinte. Estaba además asociado a la prensa más relevante de la ciudad. Larissa aportaba conoci-

mientos, un valioso equipo, ganas de trabajar y un carácter que ayudó a sumar una clientela distinguida, con nombres como Rodolfo Valentino, Pola Negri, Josephine Baker o Marlene Dietrich.

Comenzó así a moverse en círculos más sofisticados, asistir a exposiciones, cafés literarios y recepciones donde se reunían intelectuales, artistas y cineastas. Su encanto natural y su fluidez en varios idiomas le abrieron las puertas de un mundo vibrante y cosmopolita en el que predominaban las conversaciones cargadas de humo, música y ambición.

A Salvador Dalí lo conoció de una forma más casual. Fue un día en el que éste paseaba por una calle del barrio de Montparnasse. Él había llegado a París el año anterior. Ella estaba probando una cámara tomando instantáneas de calles y fachadas sin demasiado entusiasmo. Entonces le llamó la atención el aspecto de aquel hombre y le pidió permiso para hacerle una foto. La conversación que entablaron después en un bistro fue el inicio de algo parecido a una amistad que se prolongó durante varios meses.

Quedaban con cierta frecuencia y un día Larissa le confesó que le encantaría conocer España.

—Y a mí me encantaría conocer a una rusa como usted —soltó él para sorpresa de ella, que, aunque para entonces ya había desarrollado una gran capacidad para reaccionar con rapidez, tardó unos segundos en responder.

—Ande, déjese de tonterías —dijo finalmente, aunque sin poder disimular el rubor que le había causado su confesión—. Eso mismo se lo dirá a todas.

—Sabe perfectamente que no.

—Y usted sabe que lo nuestro es imposible. Ni yo soy su tipo ni usted es el mío.

—Imposible saberlo.

—¡Somos tan diferentes!

—¿Y eso es malo, querida?

—¿Y bueno?

Dalí sonrió y no insistió más. Fue su forma de aceptar la negativa a que lo suyo fuese más allá. Ella se enteraría tiempo después de que él terminó conociendo a una rusa llamada Gala con la que se casó y con la que compartiría 53 años de vida.

Larissa Swirski no había cumplido aún los veinte, pero aparentaba tener bastantes más. No sólo por su aspecto físico, su manera de vestir o sus modales, también por una madurez y una manera de hablar impropia de su edad. Le encantaba alternar y conocer personas interesantes. No sólo en París, también en la Costa Azul, en la Riviera francesa, donde cualquier ruso blanco que se preciara tenía o alquilaba una villa en verano en Cannes, Niza o Mónaco, destinos a los que viajaban en el Tren Azul, un ferrocarril de lujo conocido oficialmente como Expreso Calais-Mediterráneo. Como hacían miembros de la alta sociedad de otros países que vieron también en aquella zona el destino estival ideal, en el que poder además cultivar relaciones importantes y mantener una activa vida social. Y los Swirski no iban a ser menos. Tenían en Cannes una villa, bautizada como Menival, en la que pasaban largas temporadas, veranos completos incluidos.

Catalina envejecía sin perder su energía y llevaba una existencia que le resultaba agradable, más allá del sentimiento de soledad que la invadía a menudo desde la pérdida de su marido. Sus nietas no le daban problemas y eran independientes.

Un joven de origen alemán, Rolf, había empezado a cortejar a Larissa. Por entonces, aunque de vez en cuando salían juntos, ella no demostraba demasiado interés en él. Lo veía más como un amigo, alguien además que la ayudaba a alternar en ciertos ambientes, aunque sabía que su

abuela Catalina estaba deseando que la relación cuajase y terminara en boda.

A veces, cuando estaban juntos, Larissa lo observaba en silencio. Era atractivo, educado y tenía el futuro resuelto, pero no despertaba en ella ni un atisbo de emoción. Todo en él era predecible, desde la forma en que se ajustaba los gemelos de la camisa hasta la manera en que sonreía en los momentos adecuados. ¿Podría amar a un hombre como él? No lo creía. Y lo peor era que Rolf tampoco parecía darse cuenta.

–Es un muchacho excelente –le dijo Catalina una tarde en el jardín de Menival mientras ella, Alla y Catalina tomaban el té–. Tiene futuro, es de familia noble y está coladito por ti. ¿Qué más quieres? ¿Por qué no le prestas más atención?

–Ay, no sé, abuela. Es que me parece un hombre poco excitante. Un oso de peluche muy tierno, sí. Y cortés, de acuerdo. Un candidato irreprochable, si quieres, pero no hay chispa.

–Tú lo que quieres es un Valentino –intervino Alla–. Ésos son personajes de película. A mí me gustan valientes, pero no intrépidos. Ya me entiendes, hermana.

–Oye, ¿y por qué no te casas tú con él? –le dijo Larissa.

–Pues porque no me lo ha pedido –rio.

–Ay, no me digas que estás enamorada de Rolf –soltó Larissa, elevando el volumen de su voz para exagerar su sorpresa. Le encantaba poner en aprietos a su hermana.

–Pero qué cosas dices –respondió ésta, ruborizada.

Pero el gesto de Alla decía lo contrario, y tanto Larissa como Catalina se dieron cuenta. Esta última observaba sorprendida a sus nietas hablar. No daba crédito a lo que estaba escuchando.

La mayor se excusó para ir al servicio, pero, antes de salir de la estancia, se aproximó a su hermana.

–A ver lo que puedo hacer por ti –le susurró para que su abuela no oyese lo que le decía–. Déjalo en mi mano.

Aquel verano volvió el bullicio a la Costa Azul. Se estrenaban pantalones de Coco Chanel, se disfrutaba del sol y de los bailes, y muchos visitaban el Casino de Montecarlo. Larissa y Alla subían con frecuencia hasta Grasse, los jardines sin horizonte de los que los perfumistas se surtían de flores, entre ellas una Coco Chanel que también era una habitual en los veranos de Cannes.

Y la algarabía daba pie también a conocer todo tipo de personajes. Como una tarde en la que Larissa estaba en la playa con unos amigos y una gitana húngara se acercó a ellos. Todos la miraron expectantes cuando ésta los interrumpió sin pedir permiso.

–Niña, tú te vas a casar muy pronto –disparó sin más dirigiéndose a Larissa al llegar a su lado.

Las risas sonaron bastantes metros a la redonda.

–Sí, con éste, el alemán –gritó uno de los miembros del grupo, señalando a Rolf.

–No –negó la gitana sin apartar la vista de Larissa–. No conoces al que será tu marido. Es extranjero, está en el mar...

Siguió un silencio expectante que terminó rompiendo la joven Swirski, presa de la curiosidad.

–Pues si no es mi amigo el alemán, ¿de dónde viene el príncipe?

–Del sur. Te llevará a su país. Y viste de azul. No lo olvides –apostilló sonriendo.

Los gestos se tornaron serios. Más que nada por el tono empleado por la gitana, tajante, solemne. También porque todos se percataron de que Rolf lo estaba pasando mal. Éste, que hasta entonces había permanecido en silencio, frunció el ceño. Su mandíbula se tensó y su mirada, habitualmente serena, adquirió un matiz oscuro.

–Supersticiones –murmuró.

Larissa sintió un escalofrío. Algo en la voz de la gitana le revolvió el estómago, como si hubiese pronunciado una verdad inevitable.

Había algo inquietante en aquella mujer: la forma de hablar, la mirada, sus movimientos pausados, como a cámara lenta... Los chicos le dieron unas monedas y se marchó sin decir nada más.

Lo sucedido fue el tema de conversación durante el resto del día. ¿Existirían de verdad personas con capacidad para predecir el futuro? ¿Quién era aquella mujer y por qué se había acercado a ellos para contarle todo aquello a Larissa? Especularon y hasta terminaron bromeando sobre ello.

–Ha dicho que un hombre del sur te llevará con él y nos dejará huérfanos de ti –dijo uno de los chicos, Vasili–. No sé si será verdad o no. Yo nunca he creído en estas cosas, pero ¿sabéis lo que os digo? –preguntó dirigiéndose a Rolf y Larissa, aunque se trataba de una pregunta retórica, pues no esperó respuesta–. No lo permitiremos, nos cuidaremos de protegerte –recalcó mirándola a ella–. Y la primavera que viene celebraremos tu boda con Rolf.

Larissa no respondió al órdago que le acababan de lanzar. En su cabeza retumbaban una y otra vez las palabras de la gitana. Desconocía la razón, pero las sentía como una premonición. Era posible, pensó, porque no estaba enamorada de Rolf y estaba segura de que no iba a casarse con él por mucho que dijese Vasili.

Pasaron las semanas y el recuerdo de aquello se desvaneció. Llegó septiembre y con él las semanas que más disfrutaban los Swirski. Eran de los últimos en abandonar un Cannes que entonces se presentaba bastante menos bullicioso.

4

CANNES

Larissa salió a pasear una tarde con su tía Clara, que había llegado para pasar unos días con ellos. El puerto deportivo seguía abarrotado de embarcaciones deportivas, pese a ser ya mediados de septiembre, con hileras de elegantes yates de vela y pequeños barcos de motor, muchos de ellos de madera barnizada, con detalles en bronce y cabinas refinadas. Las aguas del Mediterráneo brillaban bajo el sol, reflejando los tonos dorados y azules del cielo, mientras en la distancia se divisaban las islas de Lérins. Una leve brisa suavizaba el calor agobiante que había caracterizado aquel verano.

La joven Swirski sacó un cigarrillo de su bolso y se lo llevó a los labios para buscar el mechero, pero no estaba. ¡Ya lo había vuelto a perder! Su tía llevaba un tiempo sin fumar, así que tampoco podía darle fuego. No le quedó otra opción que pedirselo a un desconocido, algo que la incomodaba sobremanera porque cualquiera podía malinterpretarlo. Se acercó a un joven de buen aspecto que vestía uniforme de marino.

—Disculpe, ¿sería tan amable de darme fuego?

Él hurgó sin decir nada en uno de sus bolsillos y sacó un envoltorio que contenía una pipa, tabaco y un mechero. Prendió la llama y la aproximó a los labios de Larissa, protegiéndola del viento con el hueco de la palma de su mano.

Ella aspiró, encendió el cigarro y lo miró a los ojos para darle las gracias. Un escalofrío recorrió entonces su cuerpo.

–Manuel Romero, para servirla –dijo él en un correcto francés, aunque con acento extranjero–. Español, de Sevilla.

–Yo soy Clara –se adelantó la tía de Larissa mientras le estrechaba la mano que él había tendido–. Encantada de conocerlo. Y ella es mi sobrina, Larissa Swirski. ¿De vacaciones?

–Encantado yo también. Estoy de paso en Cannes al mando de una embarcación de recreo. ¿Y ustedes?

–Yo estoy pasando unos días –respondió Clara–. Ella pasa los veranos enteros aquí.

–Pues entonces quizá podrían ayudarme. ¿Saben la mejor forma de llegar al centro de la ciudad? Ya saben, para hacer unas compras y cenar en un restaurante.

Tras darle las explicaciones correspondientes, Clara quiso alargar la conversación para saber más de aquel hombre. Conocía lo suficiente a Larissa como para intuir que su silencio y su manera de esquivarle la mirada indicaban que le había llamado la atención. Y a él también parecía interesarle ella.

–¿Ese uniforme que lleva es de yate?

–No, señora, es de la Marina mercante española. Soy capitán, pero ahora estoy temporalmente al mando del *Serva La Bari*.

–¿Un barco, ¿no?

–Sí, claro.

–¿Y es muy grande?

–Sí, sí que lo es; tiene un palo de cuarenta metros –respondió Manuel Romero, consciente ya de que aquel interrogatorio buscaba retenerlo, por lo que decidió aprovechar la circunstancia–. Disculpen si les parece un atrevimiento, pero ¿me permitirían invitarlas a tomar un refresco? Así podrían indicarme los lugares que no debo perderme en Cannes.

Larissa seguía en silencio. Su mente repetía en bucle lo que le había dicho la gitana húngara en la playa semanas atrás. «Te casarás con un hombre que viene del mar... Viene del sur... Viste de azul».

Clara aceptó la invitación en nombre de las dos y fueron a una terraza cercana. Conversaron sobre sus respectivas familias, sobre viajes y música. Manuel y Larissa, ya algo más suelta, coincidieron al reconocer su preferencia por el jazz. Intercambiaron confesiones sobre sus intérpretes y canciones preferidas, y especularon sobre lo bonito que debía ser Nueva Orleans. Y, mientras él se extendía sobre los orígenes africanos de dicho estilo musical, Clara observó la cara con la que su sobrina miraba a aquel hombre y decidió buscar una excusa para marcharse y dejarlos solos. Estaba claro que ella sobraba ya allí.

–Disculpádmeme, pero tengo que marcharme. Debo atender a mi hijo Adrian. Y tú, Larissa, tranquila. Puedes quedarte hasta la hora de cenar y charlar un rato más con él. Yo avisaré en casa de que llegarás para entonces.

–No se preocupe –dijo Manuel mientras se levantaba para despedirla–. Yo acompañaré a Larissa a su casa. Queda en buenas manos.

–Estupendo. Espero que no ocurra –añadió Clara, dirigiéndose ahora a Larissa–, pero si Manuel intenta raptarte, ya sabes: grita fuerte.

Los tres rieron al unísono.

El marino y la joven Swirski hablaron y hablaron. Perdieron la noción del tiempo. Ambos tuvieron la impresión de conocerse de hacía mucho tiempo y no sólo de unas horas. En un momento dado, ella le confesó que estaba a punto de comprometerse con un fotógrafo alemán. Él, a continuación, que tenía novia en Sevilla, pero que era uno de esos compromisos sociales más que de corazón alentado por familiares y amigos.